NIEVES.—(Dibujo de R. Couto.)

El loco.

I

—Pero...

—No le dé usté vueltas, tío Juan; el señor Julián está loco rematado. ¡Si lo sabré yo, que le vi un día allá en lo alto de la sierra, haciendo guiños y gritando!... Yo le pregunté qué era lo que hacía allí en aquel sitio y en tal postura; pero el tío Julián no me contestó: me miró despreciativamente desde los piés á la cabeza, y, siempre callado, echó á correr y continuó vociferando. Otras veces le he visto arrodillado y con la mirada fija en el suelo, y aunque le he llamado por su nombre, aunque le he dado varios manotones en su hombro, para ver si le despabilaba, que si quieres, permanecía quieto en el suelo, como si le hubieran hecho de piedra berroqueña.

Y tío Mateo, una vez que dijo esto, dió una gran chupetada á su cigarro de picadura, despidió por boca y narices dos enormes columnas de humo, y, quitándose la gorra pellejera que cubría su cabeza, se rascó dos ó tres veces la ya blanca pelambre.

Tío Juan no se dió por convencido.

—Que el señor Julián no...—insistió.

—¡Que sí, que sí y que sí!—gruñó el tío Mateo—. Y pues que á usté no le convencen mis palabras, vaya una azumbre de vino, como apuesta. Si en alguna ocasión me demuestra usté que el señor Julián no está loco ó es tonto, gana la apuesta; y si no es así, paga usté la azumbre, ¿eh?

—Apostada—dijo con resolución el tío Juan.

Y tomaron por una vereda en dirección á la era, con el propósito de remojar con un traguillo de lo tinto las gargantas, secas por el calor asfixiante de un día de Julio.

II

La verdad, que acerca de la locura del señor Julián se promovían frecuentemente muchas y vivas discusiones entre los honradotes aldeanos. Habíanse éstos dividido en dos bandos: unos que estaban verdaderamente seguros en el trastorno de las facultades mentales de dicho señor Julián; y otros, que creían á ciegas en su cordura.

Pero, antes de seguir, hemos de saber que el señor Julián fué una de las personas más acaudaladas del pueblo. Poseía unos fértiles terrenos, cuyos frutos, sanos y abundantes, le producían los recursos suficientes para vivir, si no con lujo, por lo menos con bastante desahogo.

Mas la desgracia es gavilán que acecha continuamente á la blanca paloma felicidad, para clavar en ella sus garras, y así sucedió con la tranquilidad y alegría que reinaba en el modesto y honrado hogar del *señor Julián*, como le llamaban cariñosamente en el pueblo.

Su mujer, á los pocos años de su matrimonio, falleció, aunque con la sonrisa en los labios, porque moría feliz, dejándole como perenne recuerdo suyo una hija, fruto de aquella unión, y una tristeza profunda.

Desde entonces el señor Julián consagró todos sus cuidados

ja, esplendoroso rayo que llenaba con la luz de la alegría el obscuro recinto de su abatimiento.

Mas todos suz afanes fueron inútiles. Cuando, á los dos años de morir su esposa, la tranquilidad comenzaba á tender sus hermosas alas sobre Julián y su hija, ésta muere, aquella flor se marchita al soplo del devastador huracán de la muerte, y Julián, con la tristeza en el semblante y la amargura en el alma, se retira á un rincón de su solariega casa para llorar su desventura.

Un día, los vecinos de la aldea algo observaron en Julián que les hizo pensar si tenía su juicio completo. Palabras incoherentes, ademanes ya trágicos, ya redículos; ora furioso arremetía contra el primero que encontraba; ora calmado y sumiso, obedecía con la docilidad de un perro cuanto se le ordenaba.

En resumidas cuentas: el tío Julián se volvió loco, ó al menos con sus extravagancias injustificadas demostraba estarlo. El dolor debilitó poco á poco su cerebro, y fué encaneciendo su cabeza, y el tío Julián—que vivía solo—andaba muchas veces por la calle hablando y accionando con las manos, como si marchara acompañado de alguna persona, cuando en realidad era visión imaginaria.

Muchas noches se oían gritos de angustia; otras veces grandes ruidos en puertas y ventanas, y todo esto, unido al instinto siempre supersticioso de los lugareños, contribuyó poderosamente para que nadie quisiera verle, ni aun hablarle ni oirle.

Y así llevaba el tío Julián bastante tiempo sin que la luz de la razón iluminara por un momento las tinieblas de su locura.

III

Era uno de esos días del estío en que el sol, cayendo á plomo sobre la tierra, levanta un polvo seco, asfixiante... Las cuatro de la tarde pregonó el reloj de la torre, y sus ecos fueron á perderse entre el canto monótono de las cigarras y la canturria de los gañanes que en las cercanas eras trillaban las doradas espigas de trigo. El cielo, azul diáfano; en el espacio el aroma de las flores y hierbas, y la tierra agrietada, hirviente, anhelando el benéfico riego.

Tío Mateo y tío Juan, personas influyentes en el pueblo, y *héroes* de nuestra historia, caminaban por una senda despacio, sudorosos, librándose de los rayos del *ardiente Febo* con un enorme y verdoso quitasol. Como siempre, disputaban: en aquella misma tarde se cumplían ocho días desde aquel en que hicieron la apuesta, y ni siquiera habían visto al loco. Tío Juan permanecía en sus trece: el loco no era loco; es decir, el señor Julián lo único que tenía era un pesar profundísimo por la desgracia que pesaba sobre él; y tío Mateo, testarudo, insistía en que estaba rematadamente loco. ¡Si lo sabría él, que le vió un día allá en lo alto de la sierra!... ¡Pues no faltaba más!...

Torcieron por la derecha en dirección a la era del tío Ruperto; allí, en la choza, charlarían un rato y remojarían el estómago con varios tragos—pensaron.

En el camino encontráronse á Dolores, la fresca, robusta, francota, que lo mismo se la ponía la boca de miel cuando le hablaban de su novio Peporro, que soltaba una bofetada al importuno que se atrevía á faltarle en ausencia suya. Marchaba por la senda con un cántaro apoyado en la cadera izquierda: el andar majestuoso, y la cara sonriente y hermosa como aquel día estival.

Tío Juan, viejo algo verde, á quien le gusgustaban las faldas tanto como el vino, dió un expresivo codazo á su acompañante, el cual comprendió prontamente su significado; echáronse los dos á un lado para dejar paso franco á la muchachuela, y esperaron.

—¡Buenas, tío Juan y compañía—dijo ésta con voz fresca, al pasar.

Los dos quisieron comérsela con la vista, y permanecieron silenciosos; pero tío Juan, más atrevidillo que el otro, se acercó á ella con propósito no muy santo, pues que advirtiéndolo la chica á tiempo, antes de que el vejete lo pudiera evitar le dió tal empellón que el bueno del tío Juan dió con sus cincuenta y tantos inviernos en el seco suelo, mientras ella prosiguió su marcha, majestuosa y grave, aunque sin lograr contener las carcajadas que aso maban á su boca...

Tío Juan, ayudado por el tío Mateo, se puso en pie; miró á Dolores, vió cómo se alejaba, y mordiéndose los labios volvió la cabeza y clavó su vista en el rostro impasible de su compañero.

—Vamos, que es tarde—murmuró éste tan sólo.

—Pero ¿ha visto usté?...—exclamó tío Juan limpiándose los calzones manchados de polvo.

—Sí, ya he visto—repuso lacónicamente el otro.

—¡¡Berrrrr!!...—gruñó entre dientes el Tenorio maltrecho—. ¡Qué chica tan bruta! ¿Mas qué es eso?—agregó viendo que á poca distancia de ellos un hombre caminaba dando traspiés y grandes gritos,

—Pero, ¡si es nada menos que el señor Julián!—exclamó con mezcla de asombro y alborozo el tío Juan.

—¿El loco?—preguntó tío Mateo.

—¡El mismo!...

Y tío Juan cogió de un brazo á su amigote; ocultáronse tras unos zarzales y esperaron á que pasara aquél.

Andaba despacio, pensativo; se daba grandes manotadas en la frente y pronunciaba frases entrecortadas y balbucientes.

Anduvo un buen trecho, mas se detuvo al ver una mujer que, haraposa, vieja, con el cabello enmarañado y el rostro jadeante, llevaba en sus brazos á una niña, y se acercaba al sitio en donde se hallaba el loco y sus ocultos y atónitos espectadores.

Pero los tres vieron que la mendiga se tambaleaba, llevábase una mano al pecho, y por fin, desvanecida, caía al suelo con la niña...

Tío Juan y tío Mateo, al ver aquello dispusiéronse á salir de su escondite y á ayudar á aquella pobre que, falta de alimentos, caía en medio del campo, en un caluroso día de verano, expuesta á morir de sed ó desesperación; pero permanecieron en su sitio, porque observaron con sorpresa y asombro, que el loco levantaba á la mujer y arreglaba sus vestidos, y cogía á la niña en brazos, y besuqueaba con ardor su diminuta frente...

Tío Juan, al observar esto en el señor Julián, bonachón y sencillo, olvidó el empellón de Dolores; mandó al traste su ira contra la bella mozuela, dió gracias á Dios porque le ofrecía ocasión propicia en que salir victorioso de la apuesta, y señalando á la mendiga, que continuaba dando gracias al señor Julián, le preguntó con la cara rebosando satisfacción y viendo en lontananza la azumbre de vino ganada.

—Y ahora, tío Mateo, ¿es ó no es?

Tío Mateo dióse al cabo por convencido; se restregó dos lagrimones que asomaban á sus ojos, y dijo quedamente:

—¡No es tan loco!... ¡No es tan loco!...

Emiliano Ramírez.

INSTANTÁNEA

¡Qué hermosa del crepúsculo
la luz, fúlgida y bella,
que dora las montañas,
los bosques, las praderas!
¡Qué tristes de la noche
las sombrías tinieblas!
¡Qué fantástico y lúgubre
el silencio que reina!...
Por eso, bien amado,
en ti mi amor encuentra:
el día, si á mí vienes;
la noche, si te alejas.

Esteban Caballero.

ECOS DEL MUNDO

La nieve.—¿Qué color tiene la nieve?—Sin llegar al Polo.—Ya se sabía.—Una opinión autorizada.—Animales microscópicos.—Por los poros.—*¡Lástima de laboratorio!—Continua el misterio.—En el suelo.—Hace falta tiempo.—Otros vendrán.—¡Como si lo viéramos!*

A nadie se le hubiera ocurrido nunca pensar que pudiera haber nieve de distintos colores. Su blancura ha sido siempre tradicional é indiscutible, y sin embargo las recientes exploraciones llevadas mostrar que no era así, y que por el contrario hay nieve que presenta una coloración especial.

El profesor Laymoor, que como todo el mundo sabe formó parte de la expedición de Dassey á las regiones árticas, acaba de comenzar á publicar en un elegantísimo volumen, las observaciones realizadas por él durante aquel famoso viaje, que tenía por objeto el soñado propósito de llegar al Polo para luego fracasar en la misma tierra groenlandesa.

Una de estas observaciones es la que se refiere á la nieve azul, la cual en grandes manchas se presentó á los asombrados ojos de los exploradores.

Ante la ciencia moderna el hecho no es, aunque al vulgo se lo parezca, tan extraordinario ni inverosímil, pues ya hace bastante tiempo que se admitió la posibilidad de ciertos colores en la nieve, y son muchos los tratados y las obras que nos hablan de la nieve roja y de la de color rosa.

Estas dos últimas han sido en, efecto, vistas en repetidas ocasiones por varios viajeros, quienes en grandes extensiones de las regiones boreales han encontrado amplias estepas con la indicada particularidad.

Ahora bien; las nieves de color, ¿es que realmente son así por circunstancias especiales de su conformación y naturaleza, ó por otras ajenas á ellas, que les dan aquel tinte, bien en su caída, ya por la manera como la luz las hiere, ó sencillamente porque con ella se mezclan materias de cierto color?

Esto último es la opinión más generalizada entre los sabios, pues la nieve por su propia naturaleza es blanca y así debe ser; pero ciertas plantas ó tierras pueden teñirla.

Creíase que unas plantas microscópicas de color rojo eran las que tal ocasionaban; pero ahora se afirma que no son vegetales, sino animales pequeñísimos, micro-organismos, los que mezclándose y confundiéndose con la masa blanca dan á ésta su color.

La nieve tiene entre sí sumamente distanciadas sus moléculas unas de otras; es muy poderosa, por decirlo así, y en estos imperceptibles agujerillos es donde el diminuto sér se introduce.

El profesor á quien nos vamos refiriendo, analizó varias cantidades de nieve azul, y según él; resultó que una substancia grasa, azul verdosa, que no pudo determinar bien, por carecer de un laboratorio adecuado, se hallaba mezclada con el agua que formaba la nieve.

De aquí dedujo que serian micro-organismos, según la teoría más admitida que explica la nieve roja; pero no por esto se aclara la cuestión, porque cabe ahora preguntar: ¿Dónde toma el copo de nieve esos animalillos? ¿Es en el aire ó en la tierra?

Claro es que lo probable y verosímil es que sea en el suelo, después de caída la nieve y depositada sobre él y aun después de llevar así mucho tiempo, porque los animalillos de que se trata, necesitarán algun tiempo para introducirse en ella, y si es que la horadan, mucho más, hasta perforar las gruesas capas que se forman en los países árticos, que es donde únicamente se presenta el fenómeno.

Sea como quiera, no faltarán otros hombres eminentes que aclaren estas dudas, continuando los notables estudios de éste.

Y día llegará en que nos expliquen con todo detalle cómo puede haber nieve negra y azabache blanco.

Doctor Traveller.

MODAS

Esta sección está á cargo de la elegante Revista *La Última Moda.*

Toca de terciopelo y astrakán.—La copa es de terciopelo Corinto, dispuesto en bullones de gran tamaño, y el ala está forrada por completo de astrakán negro. Un doble lazo de cinta de raso gris perla y una pluma rizada del color del lazo,

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Daimieleño, El. #80, 11/3/1900.